



2.22 • Nacionalismos e separatismos

De la desdichada confusión entre nacionalismo y "latinoamericanismo"

Javier Bonilla Saus

DURANTE LAS ÚLTIMAS TRES DÉCADAS, la mayoría de los países latinoamericanos tuvieron índices significativos de crecimiento económico. En algunos de ellos se verificaron mejoras sociales de cierta importancia y, desgraciadamente, en escasísimos casos se avanzó en la consolidación de instituciones jurídicas y políticas que fortalecieron las libertades y la democracia.

En este último rubro discurren, simultáneamente, procesos de fuerte deterioro de la calidad institucional y de las libertades (Venezuela, Argentina, Ecuador, Nicaragua), como casos (Brasil, México, buena parte de Centro-América, Bolivia, Haití, etc.) en los cuales la bonanza económica sólo alimentó la permanencia de viejas pseudo-democracias abaladas por la corrupción, clientelismo, arbitrariedad e, incluso, el autoritarismo más extremo en el marco de instituciones, de hecho, "deshabitadas" por el Estado de Derecho.

De este pobre panorama de la democracia latinoamericana se salvan, como es clásico, los tres ejemplos de siempre (Chile, Costa Rica y Uruguay), con la novedad de la auspiciosa evolución de Colombia que, en el último período, parece haber rumbado hacia un horizonte más democrático que en el pasado.

Dada la desaceleración económica en curso y la posibilidad de más de un escenario de crisis y deflación en el horizonte, la incógnita que se plantea es como ha de evolucionar el "relato nacionalista" cuando los países de la región deban enfrentar restricciones que han olvidado por un buen período. La inquietud es pertinente porque sabemos que, a lo largo de la historia, hay una cierta correlación positiva entre crisis económica y fortalecimiento del nacionalismo, como es actualmente el caso en Europa. Es más, allí, para muchas generaciones, las crisis económicas y el fortalecimiento del nacionalismo fueron, prácticamente, anuncios de casi inevitables conflictos bélicos.

Ambigüedades del nacionalismo en América Latina

Si nos atuviésemos a la historia latinoamericana del siglo XIX y, en particular, si escuchásemos algunas partes de la retórica política de los gobiernos latinoamericanos actuales, concluiríamos (con ingenuidad) que el nacionalismo es un componente significativo de la política latinoamericana. Pero ello no es así aunque, quizás, en un contexto de crisis económica profunda como la que se anuncia, este relato podría recuperar inusitado vigor.

Hay, más allá de apariencias, razones para matizar la viabilidad de esta hipótesis.

Una de las formas más contundentes de fundamentar esta duda es, ante todo, recordar que

"el nacionalismo" es un animal de autoctonía fundamentalmente europea que, aunque haya migrado a todas partes, es en el viejo continente donde encuentra su "habitat" ideal de reproducción a gran escala.

Si los nacionalismos del subcontinente tuvieron su primer tímido momento de auge entre 1810 y 1830, durante la forja de la independencia de los países en cuestión (excepción hecha del temprano Haití, de Brasil y de Cuba), parecería natural buscar en esa coyuntura fundacional las primeras manifestaciones contundentes del nacionalismo de los países nacientes.

Para un lector desprevenido la cuestión se revela más compleja: uno de los textos canónicos sobre el nacimiento de nuestros países¹ se inicia con el título: "*Los orígenes de la nacionalidad latinoamericana*".

Aunque el enfoque pueda ser objetable, semejante formulación, utilizada justo para adjetivar el momento *fundacional* de los países (y considerando la vigencia que mantuvo esa formulación desde inicios del siglo XX hasta hoy), no podía más que complicar la efectiva vigencia de un relato literalmente "nacionalista".

“El nacionalismo” es un animal de autoctonía fundamentalmente europea que, aunque haya migrado a todas partes, es en el viejo continente donde encuentra su “habitat” ideal de reproducción a gran escala.

A pesar de que las bases históricas (si se quiere, "materiales") para reivindicar una "*nacionalidad latinoamericana*" son más que opinables² la perpetuación del relato sobre esa supuesta identidad latinoamericana es una suerte de señal de que los nacionalismos, en sentido estricto, son, o bien débiles, o bien yacen hipócritamente disimulados detrás del relato de la "latinoamericanidad". Y no es imposible que ambas modalidades de explicar la subsidiariedad del relato nacionalista en el subcontinente sean valederas.

Si los relatos nacionales fundacionales son, en nuestros países, genuinos y sustantivos, no es menos cierto que el hecho que las independencias se consiguiesen en lucha contra *una* (o eventualmente *dos*) potencias coloniales (y rara vez en competencia con naciones vecinas) alimentó fantasías

de independencias regionales y supranacionales como las de Bolívar, San Martín y otros próceres.

La quimera hispanizante de que "una" América, inventada por la colonización respondiese a alguna realidad sociocultural previa y más contundente que la mera voluntad de los colonizadores se reencarnó en un curioso relato "independentista" que terminaba, paradójicamente, reivindicando una unidad latinoamericana que sólo había existido bajo el yugo español (o, si se quiere, el hispano-portugués).

Las independencias trasegaron, contradictoriamente, tanto reivindicaciones nacionales genuinamente progresistas como oscuras "restauraciones monárquicas" de vocación continental y hasta meros localismos arcaizantes.

Ese confuso "traspapeleo" entre reivindicaciones nacionales republicanas, veleidades localistas y una supuesta "gran identidad" casi continental "supranacional", debilitó inexorablemente la vehemencia de los primeros relatos estrictamente nacionalistas.

Tampoco debe olvidarse que el prestigio de la gesta de los EUA motivaba a muchos criollos a imaginar unos "Estados Unidos de América del Sur" como proyecto histórico viable.

Esta indefinición debilitó entonces, desde el inicio, el arraigo del relato nacionalista "clásico". Fe de ello es que, con limitadas excepciones, Latinoamérica no conoce, desde fines del siglo XIX, conflictos bélicos relevantes entre naciones. En cambio, sí sobreabundan guerras civiles en distintas y patéticas versiones. Esto indica que Latinoamérica no padece de pacifismo alguno sino que, por alguna razón, la conflictividad socio-política en el subcontinente no se declina en código "nacionalista" y busca canales ideológicos de otro linaje.

Corresponde, entonces, explorar por qué son "otros" los relatos políticos que terminan reemplazando la función identitaria convocante que el nacionalismo casi siempre cumplió, con puntualidad y (casi siempre desgraciada) eficacia en otras latitudes.

El ensayo *Ariel*, de José Enrique Rodó

Este ensayo no puede ser exhaustivo pero sí cabe resaltar la revitalización que adquirió el relato latinoamericanista en la privilegiada coyuntura cultural de 1900.

El *Ariel*, de José E. Rodó, vino a reactualizar, en el seno del "modernismo", la mitológica identidad latinoamericana que los procesos independentistas habían logrado mantener sólo a medias.

A fuer de sinceros, *Ariel* era una reivindicación pan-latinista tardía, que Rodó pergeñó adaptándola a nuestro continente, de las reflexiones filofrancesas de Edmond Demolins, Paul Groussac y otros

UNA VICTORIA: LA DESNUCLEARIZACIÓN

No todo son derrotas en esta peculiar confusión entre relatos nacionalistas y relato “latinoamericanista”. América Latina y el Caribe son, efectivamente, unas de las zonas desnuclearizadas del mundo.

El 29 de Abril de 1969 entró en vigencia el llamado Tratado de Tlatelolco que, en su redacción final, se llama “Tratado para la prohibición de Armas nucleares en territorios de América Latina y el Caribe”.

La OPANAL – Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina y el Caribe, es la organización regional encargada de supervisar el cumplimiento del Tratado.

autores, basadas de un dudoso “pan-latinismo” de tono más bien anti-sajón. *Ariel* aparece, entonces, en un movimiento “modernista” habitado por personajes como Martí o Rubén Darío que convocan a la juventud “latinoamericana” a buscar un ideal basado en la supuesta superioridad de la cultura latina (la creatividad, la estética, la espiritualidad, los valores clásicos “elevados” heredados de Grecia y Roma, etc.) para enfrentar a la figura de “Calibán”, presentado como la encarnación del pragmatismo instrumental, del utilitarismo, del empirismo y de los apetitos de riqueza cuantitativa de una “no-cultura” anglo-sajona, centrada en un materialismo supuestamente despojado de espiritualidad.

El “arielismo” retomó entonces, y con naturalidad, la vieja fantasía esbozada durante las independencias de una identidad latinoamericana “previa” a toda identidad nacional y pretendió con ello enfrentar a la nueva “metrópolis”: el poderío económico-tecnológico de los EUA.

El triunfo del “arielismo” cultural fue notorio. Pero fue su versión política la que se tornó un exitoso discurso virulento. En pocos años, el relato anti-imperialista, dirigido contra los EUA, re-actualizó la idea de la “identidad latinoamericana” y, nuevamente, el planteo nacionalista quedó relegado a segundo plano entre los discursos políticos significativos de la política regional. Con la Revolución Cubana y su alineamiento pro-soviético, los sesenta asistieron al desdibujamiento casi total de posturas nacionales en política exterior. La guerra fría se instaló en América Latina y la discusión política se redujo al patético “Cuba sí, Yankees no”. Cuba era “latinoamericanismo”, los EUA, “opresión colonial”: a 130 años de las independencias, el relato nacional de nuestros países seguía sumergido detrás del ensalzamiento de una “unidad latinoamericana” que sólo existió parcialmente en la Colonia, pero que nunca existió, ni existiría, en nuestras historias de naciones independientes.

Un “nacionalismo” reprimido

Decíamos que los nacionalismos latinoamericanos o son débiles o yacen escondidos detrás del hipócrita culto a la “latinoamericanidad”. La crisis económica que se avecina no dejará de revelarlo una vez más. Pero no es necesario esperarla. La agónica historia de la supuesta “integración latinoame-

ricana” es una radiografía perfecta del arrasador efecto de los nacionalismos “no asumidos” ocultos detrás del relato continental de fantasía.

Desde mediados del siglo XIX a mediados del XX, Europa fue víctima del auge nacionalista. Además de varias guerras, en dos ocasiones ese auge desató guerras “mundiales” de desmesuradas proporciones que trastocaron equilibrios europeos y aledaños causando millones de muertos.

Pero en los 60 años que van de 1951/57 a 2015, Europa ha construido el proyecto integracionista supranacional más sofisticado de la historia y la guerra ha quedado hasta la fecha reducida a conflictos marginales (como el de los Balcanes), hoy casi arcaicos.

En 1960, casi exactamente la misma fecha de inicio del proceso de integración europeo, los países latinoamericanos, que por 130 años se reivindicaron partícipes de una “unidad latinoamericana”, firman el Tratado de Montevideo. Por dicho Tratado, los firmantes se comprometían a crear una simple y modesta zona de libre comercio que debía estar funcionando el 31 de diciembre de 1980.

A la fecha, ese objetivo nunca se cumplió.

Organismos de integración latinoamericana

Existen organismos de integración latinoamericana multiplicándose exponencialmente sin avance alguno en la integración real. Existen ALADI – Asociación Latinoamericana de Integración (penosa heredera de ALALC – Asociación Latinoamericana de Libre Comercio), CELAC – Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, Mercosur – Mercado Común del Sur, Comunidad Andina, CEPAL – Comisión Económica para América Latina y el Caribe, UNASUR – Unión de Naciones Suramericana, ALBA – Alianza Bolivariana para América, AEC – Asociación de Estados del Caribe, Alianza del Pacífico, CAF – Banco de Desarrollo de América Latina, CAN – Comunidad Andina, CARICOM – Comunidad del Caribe, FLACSO – Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, OECO – Organización de Estados del Caribe Oriental, OLADE – Organización Latinoamericana de Energía, OTCA – Organización del Tratado de Cooperación Amazónica, SICA – Sistema de la Integración Centroamericana, SIECA – Secretaría de Integración Económica Centroamericana y SELA – Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe.

Pero, en 2015, casi todo país latinoamericano tiene serias dificultades para invertir o exportar en el mercado de su vecino, o importar de él. La circulación de personas entre los países no ha mejorado ni se ha facilitado sustantivamente en los últimos cincuenta años, y ambiciosos proyectos de integración de infraestructura y energía, como la iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana de la Agenda de Proyectos Prioritarios de Integración (IIRSA-API), obtuvieron éxitos muy parciales y, en los que hace a las obras capaces de facilitar realmente la integración, se hallan empantanados en disputas, a veces, hasta localistas.

En medio de la retórica latinoamericanista, reina el proteccionismo de países como Argentina, Brasil, Venezuela, Bolivia, Ecuador y muchos países centroamericanos y del Caribe que, a veces, es sencillamente de caricatura. Sólo esquivan extremos proteccionistas Chile, Uruguay, en parte México, y, últimamente, Perú y Colombia que comienzan a mirar hacia el Asia. Mientras los presidentes alardean de “latinoamericanismo” en reuniones reiteradas, los organismos de control de reglas de origen, las aduanas y policías de frontera fortalecen los impedimentos para que siquiera se convoque alguna política acorde al “espíritu” del Tratado de Montevideo.

Aquello que debe destacarse a modo de conclusión es lo que desnuda la comparación entre Europa y América Latina.

Por un lado la integración frustrada de los países de América Latina frente al histórico y exitoso derrotero seguido por los países europeos en la construcción de la Unión Europea.

Por el otro, la ostensible contradicción entre la redundancia retórica del discurso “latinoamericanista” y las obcecadas políticas de proteccionismo comercial, económico, financiero, etc., que sólo se explican en la vigencia subterránea de nacionalismos subrepticios cuya persistencia sólo es tan oculta como su arcaica inadecuación al mundo globalizado. ■

Notas

¹ Lynch, J (1976), *Las Revoluciones Hispanoamericanas*, Madrid, Ed. Ariel.

² Una historiográfica clásica muestra, en “*La Invención de América*” (O’Gorman, Edmundo, 1977) o en “*La Conquista de América. La Cuestión del Otro*” (Todorov, Tzvetan, 1987), como América nunca existió como entidad históricamente unificada y que fue literalmente “inventada” a partir de la Conquista.